C. H. SPURGEON



EL PODER DE LAS escrituras

COMPILADO POR

JASON K. ALLEN

EL PODER DE LAS Escrituras

Libros de Charles Spurgeon
publicados por Portavoz:

Apuntes de sermones

Cómo descansar en las promesas de Dios
(compilado por Jason K. Allen)

Cómo perseverar a través de las pruebas
(compilado por Jason K. Allen)

El poder de las Escrituras
(compilado por Jason K. Allen)

La prioridad de la oración
(compilado por Jason K. Allen)

Promesas y palabras de aliento para cada día

Solamente por gracia

C. H. SPURGEON



EL PODER DE LAS Escrituras

COMPILADO POR
JASON K. ALLEN

EDITORIAL PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

This book was first published in the United States by Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 with the title *Spurgeon on the Power of Scripture*, copyright ©2021 by Jason K. Allen. Translated by permission. All rights reserved.

Este libro fue publicado originalmente en los Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Spurgeon on the Power of Scripture*, copyright ©2021 por Jason K. Allen. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *El poder de las Escrituras* © 2023 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo
Diseño interior: Kent Jensen
Cover illustration of Charles Spurgeon copyright © 2015 by denisk0/iStock (484302822). All rights reserved.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5009-9 (rústica)
ISBN 978-0-8254-7031-8 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Bendito es el hombre que tiene amigos que son como hermanos, pero aún más bendito es el hombre que tiene hermanos que también son buenos amigos. Yo soy un hombre así, bendecido con dos hermanos mayores que son también mis amigos más cercanos. Dedico con agradecimiento este libro a uno de esos hermanos, Marc Allen.

Contenido

Introducción 9

1. La palabra de un rey 15
2. La Biblia sometida a prueba y justificada 37
3. La infalibilidad de las Escrituras 59
4. La Palabra de Cristo que mora en nosotros 79
5. La Biblia 95
6. Las advertencias y las recompensas de la Palabra de Dios 113
7. Cómo leer la Biblia 137

Agradecimientos 160

Introducción

POR JASON K. ALLEN

AUNQUE NACIÓ HACE casi doscientos años, Charles Spurgeon sigue siendo, en palabras de Carl F. H. Henry, "uno de los inmortales del cristianismo evangélico". La estatura perdurable de Spurgeon se debe a muchos motivos, pero, incuestionablemente, uno de ellos es su ministerio en el púlpito.

A menudo a Spurgeon se le califica como "el príncipe de los predicadores". Dicho en términos más coloquiales, Spurgeon fue una máquina de predicar. Era frecuente que predicara hasta diez veces por semana, siempre en iglesias atestadas de público. Cada semana los sermones de Spurgeon se transcribían, editaban y enviaban rápidamente por todo el mundo a través de los tentáculos del Imperio británico. La elocuencia de Spurgeon y su evidente poder espiritual atraían a las personas, una y otra vez, a escucharle predicar. Literalmente eran multitudes las que acudían a escucharle, y a menudo atiborraban casas e incluso espacios al aire libre. Para muchos, la predicación de Spurgeon era irresistible. De hecho, en 1857, Spurgeon predicó ante una multitud de 23.654 personas en el Crystal Palace londinense. A finales de su ministerio, Spurgeon había predicado ante más de diez millones de personas sin la ayuda de las tecnologías modernas.

Spurgeon citaba con frecuencia la oración como el secreto de su poder en el púlpito. Ciertamente lo era. Pero trabajando en conjunto con las oraciones del pueblo de Dios figuraba la férrea creencia de Spurgeon en la Biblia como Palabra inspirada e infalible de Dios. Spurgeon predicaba las Escrituras con poder porque creía que eran poderosas. Dios bendijo la predicación de la Palabra que hizo Spurgeon porque este creía que la Biblia era la Palabra de Dios. En la época de Spurgeon, la alta crítica estaba haciendo estragos en la Iglesia y minaba la confianza que el pueblo de Dios ponía en las Escrituras. Sin embargo, Spurgeon se mantuvo firme como un baluarte, rechazando proféticamente a aquellos que asediaban la Palabra de Dios.

Y esta es la intención de este libro: provocar en el lector una creencia más elevada, más confiada en las Escrituras. Pero mi objetivo, como el de Spurgeon, es el de no dejarlo todo en el plano abstracto. Página a página, a medida que tu creencia en las Escrituras se vaya profundizando también lo hará tu fe, tu perseverancia, tu confianza y tu gozo. Tu vida cristiana se fortalecerá, al igual que tu servicio cristiano. En este libro encontrarás siete de los sermones de Spurgeon sobre el poder de las Escrituras. Han sido estratégicamente elegidos y cuidadosamente editados para que produzcan el mayor impacto posible en tu vida cristiana.

La Palabra de Dios es dulce como la miel y cortante como una espada de dos filos. Es nuestro alimento espiritual y nuestra arma espiritual. Mientras lees este libro y contemplas la belleza multifacética de las Escrituras y las aplicas a tu vida cristiana, se fortalecerá tu fe en la Biblia (y en el propio Dios), así como también tu vida y tu ministerio.

En cierta ocasión, Spurgeon comentó que no había necesidad de que él defendiera la Biblia. La comparó con un león metido en una

jaula: no hacía falta defenderlo, solo dejarlo salir de la jaula para que se defendiera solo. En estos sermones, Spurgeon hace precisamente eso: presentar las Escrituras con toda la fuerza que tienen. Usando una analogía parecida, Winston Churchill, reflexionando posteriormente sobre su papel para alentar al pueblo británico frente a la amenaza nazi, dijo unas famosas palabras: "Fueron la nación y la raza, repartida por todo el mundo, las que tuvieron un corazón de león. Yo tuve la suerte de que me llamaran para rugir".[1]

Lo mismo sucede con Spurgeon y con las Escrituras. Las Sagradas Escrituras son poderosas, pero en estos sermones, Spurgeon las deja salir de su jaula y les presta su rugido. Lee y que Dios te bendiga.

1 Winston Churchill, "Address to the House of Commons", 30 de noviembre de 1954, citado en Bruce Bliven, *The World Changers* (Nueva York: John Day Co., 1965), 125.

1

La palabra de un rey

RESUMEN:

Como Dios es un monarca, sus palabras tienen poder. Primero, Spurgeon señala cómo el poder de Dios provoca nuestro temor reverente. Expone el poder de Dios transmitido por su palabra en la Creación y en la historia de la redención. En segundo lugar, subraya el poder de la Palabra de Dios, las Escrituras, para garantizar nuestra obediencia a ellas. En tercer lugar, el poder de la Palabra de Dios inspira nuestra confianza. Si luchamos contra la corrupción restante en nuestra vida, en la Palabra de Dios hay poder para limpiarnos. En cuarto lugar, el poder de la Palabra dirige nuestros esfuerzos. Necesitamos la Palabra de Dios para hacer la obra de Dios.

CITAS DESTACADAS:

"Los cristianos deberían escudriñar con más diligencia la Palabra para averiguar cuál es la voluntad del Señor en todos los asuntos que afectan a su vida cotidiana".

"Deberíamos temblar ante la Palabra de Dios y humillarnos hasta el polvo delante de Él, orando para pedir que su gracia nos limpie".

"La obra espiritual solo puede hacerse con un poder espiritual".

Sermón predicado por Charles H. Spurgeon el 22 de marzo de 1873. *Metropolitan Tabernacle Pulpit*, vol. 19.

1

La palabra de un rey

Pues la palabra del rey es con potestad.

ECLESIASTÉS 8:4

EN LA ÉPOCA de Salomón, los reyes tenían un inmenso poder, porque su palabra era absoluta. Hacían las cosas conforme a su voluntad y nadie podía oponerse a ellos, porque, como dijo Salomón: "Como rugido de cachorro de león es el terror del rey; el que lo enfurece peca contra sí mismo" (Pr. 20:2). Cuando un monarca así resultaba ser sabio y bueno, era una gran bendición para el pueblo, porque "el rey que se sienta en el trono de juicio, con su mirar disipa todo mal" (Pr. 20:8). Pero si el rey tenía una naturaleza áspera y tiránica, sus súbditos no eran más que esclavos y gemían bajo su yugo de hierro.

No estamos lo bastante agradecidos por la bendición que supone tener un gobierno constitucional, pero si durante un tiempo nos sometieran al poder de un despotismo aplastante valoraríamos más esas libertades por las que debemos mostrar gratitud a nuestros

ancestros puritanos. Raras veces apreciamos una misericordia hasta que alguien nos la arrebata. No seamos ingratos estando sometidos a instituciones libres, porque si lo hacemos seremos más necios que cualquier otro hombre.

Sin embargo, hay un Rey cuyo poder no queremos limitar ni circunscribir en ningún sentido. Dios hace lo que quiere entre los ejércitos del cielo y los habitantes de este mundo inferior. Nadie puede detener su mano ni decirle: "¿Qué haces?". En esto nos regocijamos sobremanera. El gobierno personal de un solo individuo podría ser la mejor forma posible de gobierno si esa persona fuera perfectamente buena, infinitamente sabia y abundante en poder. Un autócrata se convierte en déspota porque no hay nadie que sea perfectamente bueno, altruista o sabio.

Dios no tiene faltas ni fallos y, por lo tanto, es un gozo que haga las cosas conforme a su voluntad. Él nunca desea nada que no sea estrictamente justo; no es injusto ni falto de misericordia. No puede equivocarse y, por consiguiente, el hecho de que "Jehová reina" (Sal. 93:1) es un gran motivo de gozo.

Ahora bien, dado que Dios es el Monarca absoluto, su palabra tiene poder, y en esta ocasión quiero hablar de esa palabra de poder. Ruego que el Espíritu Santo nos ayude a pensar en el poder de la palabra de Dios para obtener cuatro resultados: primero, provocar nuestro temor reverente; segundo, garantizar nuestra obediencia; tercero, inspirar nuestra confianza; y cuarto, dirigir nuestros esfuerzos.

PROVOCAR TEMOR REVERENTE

Primero, hablaremos del poder de la Palabra del Señor para provocar nuestro temor reverente hacia Él. ¿Qué somos nosotros, pobres cria-

turas de un solo día? ¿Qué hay en nosotros cuando nos presentamos ante los ojos de Dios? ¿No perecemos como la flor del campo? Y en cuanto a nuestro mundo, ¿qué es? A veces hablamos con un exceso de arrogancia y decimos: "haré" y "actuaré", como si pudiéramos hacer algo, cuando, en realidad, nuestra palabra no es más que aliento, vapor, un mero sonido en el aire. El hombre propone, pero Dios dispone; el hombre resuelve, pero Dios disuelve. Aquello que el hombre espera, Dios lo rechaza, pues la Palabra del Señor permanece para siempre, pero el ser humano pasa y ya no es más.

Piensen en el día, antes de todos los días cuando no había días, sino solo el Anciano de días, y cuando Dios habitaba solo, y entonces, en su mente, deseó la creación de un mundo: "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca" (Sal. 33:6). ¡Qué palabra aquella que creó todas las cosas! Y recordemos que esa misma palabra puede destruir todas las cosas, porque "los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (2 P. 3:7). Con tan solo que Él hablara, todas las cosas que existen se disolverían como lo hace la espuma en la ola que la lleva, y se pierde así para siempre.

Cuando el Señor creó, no usó las manos de los querubines o de los serafines. Lo único que leemos en el relato sublimemente sencillo de Génesis es: "Y dijo Dios", y fue hecho. Su palabra lo consiguió todo, y cuando su voluntad es destruir a un hombre o a un millón de ellos, su palabra es capaz de obrar su voluntad. ¡Qué palabra tan poderosa arrasó el ejército de Senaquerib y mató a los primogénitos de Egipto! La palabra del Señor dio una orden a las aguas, y estas ahogaron a un mundo culpable, y esa misma palabra hizo llover fuego sobre Sodoma y Gomorra. Así será también en

el último día; cuando de Él salga esa palabra, conmoverá no solo la tierra sino también el cielo, y por su palabra de poder el cielo y la tierra pasarán. Gran Dios, te adoramos, ¡porque por tu palabra eres tanto Creador como Destructor!

Piensen en cómo la palabra de Dios da vida y mata. Él prometió a Abraham que tendría una semilla en la que serían benditas todas las naciones de la tierra. Parecía imposible que de él proviniera un hijo que sería el fundador de una raza (él y Sara eran ancianos), pero Dios, a su debido tiempo, les hizo reír, porque en aquella casa nació Isaac.

Dios nunca ha prometido nada que, a su debido tiempo, no haya cumplido hasta el más mínimo detalle.

Es el Señor el que vivifica, y de igual modo es el Señor quien quita la vida. Solo hace falta que Dios lo desee, y la pestilencia apila a los hombres en montones como la hierba del campo cuando la guadaña del segador ha pasado por ella. El Señor no tiene más que llamar a la pestilencia o la guerra, y huestes de hombres pierden la vida. Si Él desea disciplinar con una hambruna, llama a los insectos voraces para que invaden la tierra. ¡Oh, cómo deberíamos adorarte, terrible Supremo, de cuya palabra dependen la vida y la muerte!

También podría, en otra división de esta parte de mi tema, recordarles el poder que respalda tanto sus promesas como sus amenazas. Dios nunca ha prometido nada que, a su debido tiempo, no haya cumplido hasta el más mínimo detalle. ¿Ha dicho algo, y no sucederá? ¿Ha ordenado algo que no haya pasado después? No se arrepiente de sus dones y llamado; no se aleja de sus compromisos por pacto ni se aparta del cumplimiento de sus palabras.

Quienes lo han resistido han descubierto que también sus ame-

nazas son ciertas: que Faraón confiese con qué rapidez llegaron las plagas tras la palabra del Señor, hasta que su aguerrido corazón se derritió en su pecho. Los hombres han resistido a Dios durante un tiempo y, movidos por su arrogancia, se han burlado, pero al final Él les ha hablado en su ira y los ha humillado con su ardiente desagrado. ¿Quién puede permanecer ante este Dios terrible, cuya palabra derriba a los poderosos y pone a los orgullosos por estrado de sus pies?

La palabra de Dios tiene poder para presagiar, de modo que, cuando Él dice lo que sucederá en el futuro, sabemos que acabará pasando. Así dice el Señor: "Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré" (Is. 46:11). En la palabra del Señor también hay poder para predestinar, así como para presagiar, de modo que lo que decreta es firme y seguro. El Señor lo ha dicho: "Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:10). Que esto sea el gozo de ustedes el día de hoy, el hecho de que todo lo que se ha prometido sobre el último día y la gloria que será revelada sucederá sin ninguna duda, porque la boca del Señor lo ha dicho.

Parece imposible que los paganos sean del Señor algún día o que los confines más remotos de la tierra sean posesión de Cristo, pero esto sucederá, porque el Rey lo ha dicho, y "la palabra del rey es con potestad". Tememos que nunca llegue el momento en que la paz reine en todo el mundo, cuando los hombres cuelguen el casco en la entrada y ya no se adiestren para la guerra; pero la visión de fe acabará convirtiéndose en un hecho, porque "la palabra del rey es con potestad".

En la antigüedad, Él habló de Edom y de Moab, de Filistea y de Amón, de Nínive y de Babilonia, de Grecia y de Roma, y todo lo que dijo se ha cumplido. Ni una sola de las profecías de Daniel y de Ezequiel ha quedado sin cumplimiento, y podemos estar seguros de

que ni una sola gloriosa visión del vidente de Patmos será un simple sueño. Adoremos al gran Mandatario, Benefactor y Gobernante, cada una de cuyas palabras es la palabra de un rey, en la que hay potestad.

GARANTIZAR NUESTRA OBEDIENCIA

En segundo lugar, deberíamos pensar en el poder de la Palabra de Dios para garantizar que la obedeceremos. Siempre que Dios pronuncia un mandato, llega a nosotros revestido de autoridad, y su poder sobre nuestras mentes debe ser inmediato e incuestionable. Espero que, al hacer los cimientos del edificio espiritual construido en relación con este lugar, ustedes tengan la precaución de hacerlo conforme a las instrucciones del manual de estatutos divinos. Tenemos un solo Maestro, que es Cristo, y debemos hacer su voluntad, no la nuestra.

Algunos cristianos no consideran que la autoridad de la Palabra de Dios es lo más importante, sino que consultan a líderes humanos o confían en sus preferencias. Esto supone partir de la palabra del hombre, un cimiento débil y arenoso; les ruego que no lo hagan. Para los cristianos, la Palabra de Dios es la única norma de fe y de práctica. Nuestra doctrina tiene autoridad porque es palabra de Dios, y no por otro motivo. Nuestras ordenanzas son válidas porque las instituye la Palabra de Dios; si no las ha ordenado Él, son ceremonias inútiles. Todos los ritos, las normas y los reglamentos no tienen valor.

En la Iglesia de Cristo, no hay que tener en consideración el libro de los decretos humanos. Aunque podamos imprimir en su portada las palabras: "impreso por la autoridad", para la Iglesia de Cristo no la tiene. Pueden ustedes adoptar un credo como

el estándar de cualquier iglesia en concreto, pero este no tiene autoridad para dominar la conciencia. Es posible que lo autoricen príncipes, obispos y hombres santos, pero si difiere en algo de la Palabra de Dios o le añade alguna cosa, para los hijos de Dios es como un soplo de viento. La única autoridad en la Iglesia es el propio Cristo; Él es la cabeza de su Iglesia, y su palabra es la única autoridad que nos gobierna, porque "la palabra del rey es con potestad". Todos aquellos que actúan como gobernantes en la Iglesia donde solo Jesús es Maestro y Señor no son otra cosa que usurpadores.

Los cristianos deberían escudriñar con más diligencia la Palabra para averiguar cuál es la voluntad del Señor en todos los asuntos que afectan a su vida cotidiana. Un súbdito leal del gran Rey quiere saber qué quiere este que haga; cuando lo sabe, no le toca a él cuestionarlo o poner reparos, sino solo obedecer. Hermanos, obedezcamos en todas las cosas la Palabra del Rey, y demos a su santa Palabra el honor que nos exige con justicia, porque "la palabra del rey es con potestad". Él quiere que cumplamos todo precepto que nos da. No ordena algo para que lo cuestionemos; da una orden para que la obedezcamos.

Los cristianos deberían escudriñar con más diligencia la Palabra para averiguar cuál es la voluntad del Señor en todos los asuntos que afectan a su vida cotidiana.

Déjenme que les remita a lo que dice Salomón en Eclesiastés 8:2: "Te aconsejo que guardes el mandamiento del rey". Este es un consejo admirable para todos los cristianos; si el mandamiento fuera de hombres, incluso de los más sabios entre ellos, podríamos incumplirlo, y quizá fuera correcto

hacerlo. Pero si es el Rey el que da la orden, si es el Señor Jesucristo, que es el Rey de Sion, el consejo del Predicador es sabio e importante.

Quizá alguno de ustedes me pregunte: "¿Cuál es el mejor curso que puedo seguir en determinados momentos difíciles?". Te aconsejo que guardes el mandamiento del Rey. Si Él es Rey, tu alma correrá un verdadero peligro si incumples incluso el más fácil de sus mandamientos. Recuerda que una sola traición hace al traidor; una pequeña fuga de agua hunde un barco; una mosca estropea toda la pomada. El que nos compró con su sangre merece que le obedezcamos en todas las cosas con todo nuestro corazón, mente, alma y fuerzas. Un Rey como el que tenemos no debería escucharnos jamás preguntar el motivo por el que nos ordena algo.

Salomón sigue diciendo: "No te apresures a irte de su presencia" (Ec. 8:3). En la Palabra de Dios hay tanto poder que anhelo que obedezcan este precepto y procuren quedarse en su presencia. Algunos miembros de su pueblo intentan alejarse de su Señor en vez de mantenerse cerca de Él. Se deleitan tan poco en la comunión con su Dios que parecen decir: "¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?" (Sal. 139:7).

¿No les ha pasado nunca como le sucedió a Jonás, cuando decidió que tenía que ir a Tarsis, aunque el Señor le había dicho que fuera a Nínive? No quería acudir a un campo de labor tan amplio, un destino tan problemático y tan mal remunerado. Prefería ir a una aldea o a algún lugar junto a la costa. Durante un tiempo creyó que la providencia lo estaba ayudando, porque encontró un barco que iba a Tarsis. Hay muchas providencias del diablo que facilitan pecar y dificultan obedecer. La norma que hay que seguir es el precepto, no la providencia. La providencia que dio a Judas ocasión de vender a su Maestro no exculpó a aquel hijo de perdición. ¡Ay, pobre Jonás, estar tan deseoso de contradecir la palabra de un Rey!

Recuerdo cómo me sentí la primera vez que vine a Londres: no soportaba el terrible páramo de ladrillos que me rodeaba por todas partes. Suspiraba pensando en los campos verdes y el aire fresco, y deseaba regresar a mi ministerio rural. Pero este tipo de concesiones a uno mismo no es correcto: "la palabra del rey es con potestad", e independientemente de dónde te envíe el Rey, debes ir, y además, sin cuestionarlo. Si te envía a predicar a las puertas del infierno, ve y predica ante ellas.

Independientemente de dónde te envíe el Rey, debes ir, y además, sin cuestionarlo. Si te envía a predicar a las puertas del infierno, ve y predica ante ellas.

"No te apresures a irte de su presencia", porque si pierdes de vista al Rey, si ya no esperas en su bendita presencia, puedes estar seguro de que al igual que Jonás caerás en el juicio, la tormenta, el naufragio y el terror. Puede que no haya ninguna ballena que te trague y luego te vomite (ahora ya no son tan abundantes como lo fueron), y quizá no seas librado con tanta facilidad como Jonás. Mantente en la presencia y el favor del Señor, sin importar adónde debas acudir para hacerlo. Camina en comunión con Cristo sea cual fuere el sendero que Él te indique. Sin importar lo áspero que sea el camino; no pienses que te equivocaste de ruta porque sea muy irregular, sino piensa más bien que precisamente porque es así es el correcto, porque raras veces coinciden el camino fácil y la justicia. ¡Oh, que podamos permanecer en Cristo, el Verbo, y que su Palabra permanezca en nosotros!

Entonces Salomón dice: "ni en cosa mala persistas". En la Palabra de Dios hay tanto poder que puede destruirles a ustedes como si nada, o reprenderles duramente, de modo que apresúrense a

enmendar los errores y no persistan en cosa mala. Arrepiéntanse, obedezcan, sométanse, confiesen, busquen de inmediato el perdón. Si en algún momento ofenden a su Soberano misericordioso, humíllense, pues su castigo es severo.

Deberíamos temblar ante la Palabra de Dios y humillarnos hasta el polvo delante de Él, orando para pedir que su gracia nos limpie.

Muestren dulzura al hablar; permitan que Dios los guíe con su mirada, que una palabra baste para ustedes, no precisen un bocado o una brida. Desearía que todos tuviéramos una conciencia tierna. Deberíamos temblar ante la Palabra de Dios y humillarnos hasta el polvo delante de Él, orando para pedir que su gracia nos limpie. Para un creyente que vive en la presencia del Rey, en cuya palabra hay poder, el pecado debería ser algo imposible. ¿Ofenderán al Señor cara a cara y lo insultarán en sus propios atrios? No; entréguense a su misericordia y permitan que su vida santa demuestre que su Palabra tiene poder sobre su corazón y su conciencia.

INSPIRAR NUESTRA CONFIANZA

Y ahora, en tercer lugar, para inspirar nuestra confianza pensemos que "la palabra del rey es con potestad". Su palabra no es un mero sonido; contiene el poder de la verdad. Si hacen lo que Él pide, descubrirán que Él puede perdonar y perdonará abundantemente. Sean cuales fueren los pecados que hayan cometido, aunque sean demasiados como para contarlos y demasiado terribles como para mencionarlos, si se acercan y ponen su confianza en Jesucristo, la Palabra de Dios dice que serán salvos y, por lo tanto, lo serán. "El

que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Jn. 3:36). Vengan ahora y pronuncien esas palabras, aquellos que sientan su pecaminosidad, y demostrarán con su experiencia gozosa que esas palabras son poder de Dios para salvación. Incluso el peor de todos puede acercarse y reclamar las promesas, y obtendrá el perdón inmediato y completo, y su alma lo sabrá debido a la dulce paz que nace del pecado perdonado.

¿Me dicen que no pueden conquistar sus malas pasiones y sus deseos corruptos? Aquí tenemos una promesa de la Palabra del Señor: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne" (Ez. 36:25-26). Vengan y reclamen estas promesas preciosas; en ellas hay poder. Son las palabras de un Rey, y si las pronuncian ante el propiciatorio se convertirán en nuevas criaturas en Cristo Jesús. Las cosas viejas pasarán; todas las cosas serán hechas nuevas.

Cuando obtienen una promesa de Dios, considérenla una verdad indudable y confíen en ella como lo hacen con la promesa de su padre o de un amigo. Aunque a su alrededor hay personas cuyas promesas nunca pueden creer, la palabra de Dios no es igual a la de los mortales falsos e inconstantes. Al Dios de la verdad no se le puede acusar de falsedad o de fracaso. Todavía no ha incumplido una sola vez su palabra, y nunca lo hará. Entonces, amadas almas, si desean el perdón de los pecados y una renovación de su corazón, reciban la promesa al respecto y créanla con toda su alma. Con la seguridad plena que confiere la palabra de un Rey, serán lavados en la sangre y en el agua que manaron del costado herido del Cristo crucificado.

Y ustedes, pueblo cristiano, ¿luchan en estos momentos con una

corrupción persistente que no pueden vencer? Vengan, aférrense a la promesa de que vencerán, y pídanlo delante del propiciatorio. Si alguno obtiene una promesa de Dios adecuada para su situación, que la aproveche de inmediato, porque tiene poder; ¡es la palabra de un Rey! La promesa del Señor soportará el peso del pecado y la justicia, de la vida y la muerte, del juicio y del infierno. Apóyense con todo su peso en la Palabra, y descubrirán que es como el monte de Sion, que no puede ser movido, sino que permanece para siempre.

Por mi parte, no tengo ni una sombra de esperanza que no esté puesta en la Palabra del Señor; su Espíritu me ha liberado de toda dependencia de los deberes, sentimientos o experiencias. La Palabra del Señor es la vida de mi alma. En las palabras del Rey Jesús hay poder para salvarnos, renovarnos, perdonarnos, preservarnos, santificarnos y perfeccionarnos. Si se han aferrado a las promesas, estas los acompañarán durante toda su vida y también en la eternidad.

¿Se hallan metidos en algún grave problema? No puedo conocer todos los casos, pero si alguno de ustedes tiene una prueba de la que no puede hablar o un problema del que nadie puede ayudarle a escapar, acuda ante el Señor y expóngalo. Recuerden su Palabra: "Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová" (Sal. 34:19). Vayan y díganle que Él ha hablado de esa manera y que se ha comprometido por lo tanto a librarlos de todas sus aflicciones. Pueden estar seguros de esto: nunca faltará a su Palabra.

¿Prevén que morirán pronto? ¿Están angustiados porque la enfermedad está minando su salud? No teman, porque su Espíritu les enseña a cantar: "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento" (Sal. 23:4). Acudan al Señor y háblenle de su propia Palabra, y podrán mirar al futuro sin temor alguno.

Hermanos, aún tenemos otra ventaja sobre el temor a la muerte, cuando recordamos que la voz de un Rey reclamará nuestros cuerpos de la tumba, y "la palabra del rey es con potestad". Cuando contemplamos apenados el cementerio, nos preguntamos: "¿Vivirán estos huesos secos?". No somos lentos para responder con la certeza de la fe. Aquel que trajo de vuelta de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, aquel gran Pastor de las ovejas, también sacará del sepulcro a todas ellas: "Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros" (Ro. 8:11). No dudamos de esto cuando recordamos que, junto con la trompeta del arcángel, también se oirá la voz de Dios, que pronunciará la palabra omnipotente.

DIRIGIR SUS ESFUERZOS

En cuarto lugar, mi pasaje debe emplearse para encauzar sus esfuerzos. Ustedes necesitan poder; no el poder del dinero, la mente, la influencia o los números, sino el "poder desde lo alto" (Lc. 24:49). Todos los demás tipos de poder pueden ser deseables, pero este poder es indispensable. La obra espiritual solo puede hacerse con un poder espiritual. Les aconsejo que, para obtener el poder espiritual para todo lo que hagan, cumplan el mandamiento del Rey, porque "la palabra del rey es con potestad". No permitan que quede una sola piedra de su Iglesia espiritual sin la supervisión de Dios; hagan las cosas tal como Él les ha ordenado. Considérenlo el Maestro constructor y sométanse todos al mandato de su Palabra.

Llega el día en que todo lo que ha sido construido será destruido, porque el fuego probará la obra de cada hombre para averiguar su

valor. Es fácil edificar una iglesia de madera, heno y hojarasca, que el fuego destruirá rápidamente; y es una tarea muy difícil construir una con oro, plata y piedras preciosas, porque se trata de materiales escasos que hay que buscar con diligencia, prepararlos laboriosamente y guardarlos con cuidado. Los materiales que soportarán el fuego de la tentación, la prueba, la muerte y demás no pueden obtenerse mediante una palabra que no sea la Palabra del Señor, pero son los únicos que merece la pena tener. Prefiero disponer de media docena de cristianos que sean verdaderamente espirituales y obedientes a la Palabra del Señor en todas las cosas que tener a seis mil cristianos nominales que no prestan atención a la Palabra ni al Rey.

La obra espiritual solo puede hacerse con un poder espiritual.

Si quieren poder, guarden el mandamiento del Rey, síganlo de cerca en todas las cosas, y conviértanlo en la ley de su hogar y el lema de su bandera. Cada vez que van más allá de la palabra lo hacen también del poder, y siempre que se quedan cortos frente a la palabra, también perderán poder. En la palabra del Rey hay poder y dispondrán de ese poder siempre que la obedezcan. En ninguna otra parte se encuentra un poder auténtico. Tengamos cuidado para no buscar el poder en otros lugares, porque eso supondrá abandonar la fuente de agua viva para cavarnos cisternas rotas que no pueden contenerla.

Temo que algunos cristianos han estado buscando en muchas otras direcciones ese poder que solo se encuentra en la palabra del Rey. En determinada época nos dijeron que el poder radicaba en un ministerio basado en una buena formación. Esta superstición ha recibido muchos golpes de los éxitos manifiestos de aquellos cuyo idioma es el elegante y antiguo sajón. Entonces la exigencia

era: "Bueno, en el fondo no queremos a esos hombres con buena educación; necesitamos oradores ágiles, hombres que sepan contar muchas anécdotas e historias. Esos son los hombres con poder". Espero que acabemos superando también este engaño. El Señor trabaja por medio de ambos tipos de personas, o de otras que no tienen las calificaciones de estas, o de otro tipo de hombre, o de cincuenta otros tipos, siempre que se afirmen en la palabra del Rey, en la que hay poder.

Hay poder en el evangelio si lo predica un hombre carente de toda formación: los hombres sin estudios han hecho grandes cosas mediante el poder de la Palabra. El refinado doctor de teología ha sido igual de eficaz cuando se ha apegado a la Palabra de su Maestro. Pero si alguno de los dos ha olvidado hacer que la Palabra del Señor sea lo primero y lo último, su predicación ha sido impotente, tanto si la proclamó el analfabeto como si lo hizo el cultivado.

A otros, que buscaban tener poder sobre las masas, les ha parecido necesario que hubiera buena música. Hoy día se piensa que un órgano es el poder de Dios, y un coro es un buen sustituto del Espíritu Santo. En Estados Unidos han probado esta técnica, donde los solos y los cuartetos permiten que los hombres y las mujeres que cantan repartan sus cultos entre la iglesia y el teatro. Algunas iglesias han prestado más atención al coro que a la predicación. Yo no creo en esto. Si Dios hubiera querido que las personas se convirtieran por esa vía, les habría dado el mandamiento de asistir a los teatros de variedades y a las óperas, porque allí encontrarán una música mejor de la que podemos tener la esperanza de ofrecerles nosotros. Si la música contiene el poder de transformar las almas de los hombres del pecado a la santidad, y si la predicación del evangelio no hace esto, olvidémonos de Pedro y de Pablo, de Chalmers y de Crisóstomo, y exaltemos a Mozart y a Händel en

lugar de ellos, permitiendo que los grandes cantantes de nuestros tiempos ocupen el lugar que antes tenían los que hacían rogativas al Señor. Ni siquiera esto contentaría a los fanáticos de esta época, porque además de la sala de música anhelan contar con los adornos del teatro.

Combinemos con la filosofía las dulces flores de la oratoria y podremos exclamar, como los idólatras de la antigüedad: "Israel, estos son tus dioses" (Éx. 32:4). Ahora los hombres buscan la omnipotencia en juguetes; pero nosotros no creemos en ellos. Volvemos a lo mismo: "la palabra del rey es con potestad"; y aunque estamos dispuestos a admitir que todo lo que tiene que ver con nosotros puede ser un vehículo del poder espiritual si Dios así lo desea, estamos más convencidos que nunca de que Dios tiene poder espiritual que otorgar solamente por su Palabra. Debemos aferrarnos a la palabra del Rey si queremos tener este poder espiritual para la obra del Señor.

Todo lo que encuentren en las Escrituras que sea un mandato del Rey, síganlo, aunque les lleve por un camino que a la carne le sea arduo soportar: me refiero a un camino de espiritualidad singular, de no conformidad con el mundo. Recuerden que, después de todo, es posible que la verdad la tenga la media docena de personas, no los millones. El poder de Cristo puede estar con un puñado de individuos, como en Pentecostés, cuando el poder descendió sobre los discípulos menospreciados, y no sobre los sacerdotes y los escribas, aunque ellos eran quienes mandaban en los asuntos religiosos.

Si queremos ganar almas para Cristo, debemos usar la Palabra de Dios. Otros tipos de buenas obras languidecen a menos que los combinemos con el evangelio. Si se proponen reformar, civilizar y elevar a los seres humanos, a menos que los evangelicen, perderán el tiempo. El movimiento por la abstinencia total es positivo, y ojalá

todo el mundo lo respaldara, pero tiene poca incidencia a menos que el evangelio proporcione tanto el motivo como el impulso. La vara no hace milagros hasta que la empuña Moisés, y la enseñanza moral tiene poca fuerza hasta que Jesús la utiliza.

Quienes dudan del poder del evangelio y lo abandonan para acudir a otras formas de bien, que les da esperanza, cambian la fortaleza por debilidad, la omnipotencia por la insuficiencia. Cada vez estoy más convencido de que donde radica la potestad es en la palabra del Rey, y todo lo demás es debilidad a menos que esa palabra le haya infundido poder. Cada uno debe tener su propia experiencia, pero la mía me demuestra que la predicación directa y clara del evangelio es el trabajo más provechoso al que pueda dedicarme jamás: aporta más gloria a Dios y más beneficios a los hombres que todas las conferencias y discursos sobre temas morales. Si yo fuera granjero, siempre querría sembrar la semilla que me aportara el mejor rendimiento a cambio de mi trabajo. La predicación del evangelio es la actividad más provechosa del mundo; es remunerativa en el sentido más sublime posible. Ojalá su ministro se apegue al evangelio, el evangelio de siempre, y no predique nada más que a Cristo y a este crucificado. Si la gente no quiere oír esto, no permitan que escuchen nada más; es mejor guardar silencio que predicar cualquier otra cosa. Pablo dijo, y yo me sumo a él: "me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado" (1 Co. 2:2).

Una vez más, si quieren poder, deben usar esta Palabra en sus ruegos. Si su trabajo aquí ha de conocer el éxito, debe mediar la oración abundante; en la casa de Dios todo debe hacerse con oración. Denme un pueblo que ora y dispondré de un pueblo poderoso. La Palabra del Señor da poder a nuestras oraciones. La aceptación de esa Palabra tiene poder, como lo tiene asimilarla o

recibirla. Nunca guardarán la verdad hasta que hayan introducido esta Palabra del Rey en su ser espiritual, absorbiéndola en su naturaleza espiritual. ¡Oh, que todos y cada uno de ustedes pueda alimentarse de la Palabra, subsistir de ella y convertirla en su sustento cotidiano!

Y también hay poder en la puesta por obra de esa Palabra. Donde haya vida por medio de la Palabra del Rey, será una vida fuerte. La vida del pecador es una vida débil; pero una vida de obediencia, una vida cristiana sincera, es una vida firme. Incluso quienes la odian y la repudian no pueden evitar sentir que produce una influencia extraña que no pueden explicar y que no pueden por menos que respetar.

Verán su poder en este lugar; sé que lo verán, porque están resueltos en el poder de Dios de que así será. Verán su poder llenar este lugar. No hay nada tan atractivo como el evangelio de Cristo. Esa campanilla de plata única del evangelio contiene más melodía de la que puedan producir todas las campanas de todos los campanarios del mundo. En el nombre único de Jesús hay más dulzura que en todas las arpas de los ángeles, y no hablemos ya de la música de los hombres. Cuando en cualquier capilla se niega la deidad de Jesucristo, pronto se convierte en un páramo desolador. Si se va Cristo, el Hijo de Dios, ya no queda nada.

Cuando prediquen el evangelio se salvarán almas. Para garantizar ese resultado deben apegarse al evangelio, porque es el único medio dispuesto por Dios para la conversión de los pecadores. Debemos enseñar la Palabra del Rey si queremos que nuestro trabajo sea bendecido para salvación de las almas. Debemos arar con la ley, explicando a las personas qué significan el pecado y el arrepentimiento. Entonces, con esperanza, podemos sembrar el evangelio en ellas. Hace algún tiempo nos dijeron que no había necesidad de

arrepentimiento, que este solo conllevaba un cambio en la forma de pensar, pero ¡qué tremenda transformación de la mente significa el genuino arrepentimiento! Nunca hablen a la ligera de él.

Entonces, también, la predicación de la verdad, y toda la verdad, les proporcionará un poder unificador, de modo que quienes amen al Señor estarán unidos de corazón. Cuando los cristianos discuten es, por lo general, porque no reciben suficientes alimentos espirituales. Los perros pelean cuando no hay huesos, y los miembros de las iglesias rompen filas cuando no hay alimento espiritual. Debemos ofrecerles la abundancia del evangelio, porque este tiene poder para endulzar el temperamento y ayudarnos a llevarnos bien con los demás.

Prediquen la Palabra del Rey, porque esta les dará poder en la oración privada, poder en la escuela dominical, poder en la reunión de oración, poder en todo lo que hagan, porque vivirán basándose en la Palabra del propio Rey, y su Palabra es alimento para el alma.